

acerca de qué piense. Las relaciones entre el pensamiento y la verdad, que es el objeto y fin del conocimiento, reducidas á leyes, no serían otra cosa que la lógica.

El pensamiento mismo toma cuerpo ó revela su existencia á los demás hombres por medio de la expresión, especialmente por la voz articulada. La palabra á su vez es esencialmente relativa al pensamiento. El estudio de la palabra en su esencia, en su mayor generalidad, en los principios ó leyes fundamentales que presiden inmutablemente á todas las lenguas; esto es la gramática general, y no salimos del pensamiento y su enunciación.

¿Cuál es el fin de la palabra? ¿cuáles son sus relaciones? ¿cuáles los medios de que dispone para conseguir la convicción y el buen gusto?

El arte de hablar en prosa y verso, en que entran por completo la retórica y la poética, es lo que sirve al Sr. Munguía para el desenvolvimiento de sus ideas en esta parte.¹ El arte de hablar se define: "Una colección ó serie de principios verdaderos, inmutables, y fundados en la naturaleza misma del hombre, los cuales nos enseñan lo que debemos hacer y lo que nos es preciso evitar para hablar de la manera más acomodada al fin que nos proponemos," y como quiera que, "las reglas más comunes á las composiciones literarias miran, unas á los pensamientos, otras á sus formas, otras á las expresiones, y otras á las cláusulas," se sigue que la retórica, como las ciencias de que hemos hablado, "no pueden traspasar nunca los límites en que se contienen los hechos, las relaciones y las leyes del pensamiento y su enunciación."

Lo que el Sr. Munguía entiende por crítica, es, "*El criterio aplicado á las obras de literatura*," definición que concuerda con la que á su vez ha dado el Emmo. Sr. Cardenal González "*Critica ars ea dicitur, qua de aliorum scriptis*

¹ Véase tom. III. Introducción.

recte iudicamus."¹ Ahora bien, los escritos sufren el examen racional desde el punto de vista ideológico, lógico, gramatical, etc., etc., por lo que siempre será cierto que la crítica gira en el fondo común del pensamiento y su enunciación.

Creemos que lo dicho en este breve párrafo, es suficiente para conocer el fundamento del plan seguido en la obra que venimos examinando.

III

ALGUNAS OPINIONES DEL ILLMO. SR. MUNGUÍA.

1º Comunicación del alma con el cuerpo.

Sabido es que este punto tan innegable en su existencia, como obscuro en su naturaleza, ha sido objeto de disensión entre los filósofos que han inventado varios sistemas, los cuales han tenido respectivamente sus partidarios. Todos hemos oído los nombres de *causas ocasionales*, *armonía preestablecida*, *é influjo físico*. Balmes mira la cuestión como insoluble. El Sr. Munguía, con suma sobriedad, se limita á establecer los hechos de que la experiencia nos da testimonio, y termina así: "Fuera de ésto, ¿qué queda por saber? una cosa que Dios no ha querido que sepamos, la explicación toral y definitiva, ó sea la causa de esta mutua correspondencia. Mas por fortuna ésto no es necesario; y la mejor prueba de ello es, que el mundo filosófico, el mundo moral, el mundo religioso y social, tienen ya seis mil años de vida, y lo han ido pasando bien sin necesidad de saber ésto."

2º Origen de las ideas.

Siempre ha sido, es y será cuestión que preocupe á los

¹ Philosophia Elementaria.

filósofos el secreto del origen de las ideas; y no ha sido poco el ruido que hicieron, el entendimiento agente y posible, las especies sensibles, el nominalismo, el realismo, las ideas innatas, etc.

No es este el lugar de establecer las propias opiniones, sino de presentar las del Sr. Munguía, y él, después de mostrar el sistema escolástico, dice: "Si no fuera un proloquio la miseria del espíritu vano, nunca podría explicarse cómo semejante absurdo pudo correr con tal boga y por tanto tiempo entre los filósofos." En esto parece que mostró algo de ligereza el insigne autor del Pensamiento y su enunciación.

Ahora bien, la opinión del autor se verá en las palabras siguientes: "¿Qué diremos, pues, acerca del verdadero origen de las ideas? Oigamos á un autor de nuestros días, que en pocas líneas nos presenta un sistema bastante natural. —"Los *sentidos*, la *conciencia* y la *razón*: tal es en último análisis la triple fuente de nuestras ideas. Por los sentidos conocemos las cosas materiales que nos rodean; por la conciencia nos conocemos á nosotros mismos; por la razón conocemos á Dios, principio y centro de las verdades absolutas."

Esto necesita una explicación, que pone en su lugar á la teoría escolástica verdadera ó falsa, pero que ve de frente la cuestión, y á la teoría del autor moderno que ni la toca siquiera.

En efecto, hay una lamentable confusión de ideas, pues una cosa es, lo que podemos llamar, el origen subjetivo del conocimiento que es el entendimiento: otra es el origen objetivo que será el objeto mismo, y, si se quiere, las facultades secundarias que suministran materia al entendimiento, lo cual no puede ser sin la conciencia: y otra muy distinta es la economía del conocimiento, la comunicación del sujeto con el objeto, el tránsito de la materialidad del objeto á

la inmaterialidad de la sensación y espiritualidad del conocimiento intelectual. Y tal es la cuestión propuesta por los escolásticos.

La sensación es un acto cognoscitivo é inmanente: como conocimiento es de algo y, por tanto, se relaciona con el objeto, y por la inmanencia es necesario que el objeto esté dentro del sujeto. Sea como fuere: el objeto en el sensorio se llama especie sensible.

El entendimiento puede conocer y conoce de hecho los objetos singulares; pero bajo la forma de universalidad, no hay duda de que hay acto de abstracción en la formación del universal lógico ó directo; ¿quién nos reprenderá porque al entendimiento en cuanto que abstrae le demos un nombre y que éste sea el de *agente*?

Si las palabras de desprecio que profiere el Illmo. Sr. Munguía, se refieren únicamente á la grosera naturaleza que algunos atribuían á las especies, considerándolas como partículas desprendidas de los cuerpos, abundamos en sus ideas.

El P. Palmieri hace muy bien en relacionar la ideología con la teoría de los universales, porque no nos parece que éstos sean otra cosa más que una parte de la explicación del origen de las ideas.

3º Origen de la palabra humana y de la escritura.

En ésto sigue la opinión de que es moralmente imposible que el hombre haya inventado el arte de hablar y de escribir.

Lo primero puede sostenerse con seguridad de triunfar; porque supuesto al hombre en el mutismo que debió preceder al uso de la palabra, y supuesta la falta casi absoluta de cultura que habría sin ella, sería encomendar el mayor y más sublime de los inventos al más bárbaro de los hombres. Regularmente se incurre en el defecto ó inconsecuencia de creer tan fácil la palabra, como lo es para nosotros;

y tan ilustrado al hombre que hubiera de inventarla, como los que discuten tal invención.

Lo segundo es quizá una exageración de Bonald. Nótese que no hay igualdad de circunstancias entre uno y otro invento.

Recordamos haber puesto la cuestión de la manera siguiente, cuando la tratamos en la clase de filosofía: Hay que distinguir entre el hecho y la posibilidad. El primero, es cuestión de historia; el segundo, de raciocinio. El hecho para los que admiten la verdad, por lo menos humana, de los Libros Santos, es que Dios enseñó al hombre el lenguaje, como se prueba por la más antigua de las historias, que es el Génesis. Pero para cierta clase de racionalistas destituídos de sentido común, el hecho es que el hombre lo inventó, lo cual no puede probarse con la historia sino sólo apoyarse en levísimas conjeturas.

Vamos á la cuestión de posibilidad, meramente especulativa para los católicos, pero que bien aclarada confirmará la verdad del hecho que proclaman. Desde luego hay que negar el falso supuesto de que el hombre haya sido criado *in puris naturalibus*, mas siendo punto teológico, nos limitamos á preguntar: Si Dios no hubiera enseñado el lenguaje al hombre, ¿éste hubiera inventado la palabra articulada? Quizá pudiera responderse haciendo una distinción, con posibilidad metafísica y física, sí, porque no hay intrínseca repugnancia, ni existe ley ninguna en la naturaleza que impida hablar al hombre perfectamente organizado; pero hay imposibilidad moral y ésto basta.

En efecto, atendamos primero á que, como ya hemos observado, se comete insensiblemente la inconsecuencia de suponer al hombre primitivo inventor del lenguaje, tan ilustrado como un hombre de nuestros días, con sus ideas, con sus sentimientos y con toda la ayuda de la sociedad en que vivimos: y no es así, sino que el inventor tiene que ser infe-

rior al último de los bárbaros, porque éste con sólo el imperfecto lenguaje que posee, es dueño de inmenso caudal de ideas, su entendimiento se ha desarrollado y está en vía de ulteriores adelantos.

2º Que es un invento prodigioso, sorprendente, el mayor de los inventos el que se encomienda á un conjunto de salvajes.

3º Que lo que principalmente se aduce como innegable razón en favor de la posibilidad, es la gravísima necesidad que casi instintivamente hubiera satisfecho el hombre. Pero bien examinada, lejos de ser en contra de nuestra tesis, suministra un nuevo argumento que la prueba. Cuántos y cuántos pueblos han caído ó por lo menos han sufrido gravísimas calamidades por falta de medios de comunicación, de conducción rápida de gente, de pertrechos de guerra, etc.; cuánto se habrá perdido en las pasadas edades por falta de oportunidad en las noticias, y sin embargo de que la necesidad existía, y de que la experimentaban y lamentaban hombres civilizados, han pasado siglos y más siglos para llegar á las aplicaciones del vapor y de la electricidad, y se han requerido los adelantos que con gigantescos esfuerzos ha ido acumulando la ciencia, teniendo en cuenta que son elementos que han estado en la mano del hombre desde el primer vapor que levantaron los ardientes rayos del sol, desde la primera descarga eléctrica que desgajó la rama de árbol corpulento, y puso espanto en el corazón de nuestros progenitores. Pasamos en silencio otros inventos, como el de la imprenta, que necesitó al genio de Guttenberg para sorprender al mundo.

Hay, pues, que pesar estas razones y juzgar según ellas.

4º Sobre los métodos.

Nadie niega la importancia de la metodología científica, pero tampoco podrá negarse que el asunto ha sido tan debatido como poco entendido, á causa de las exageraciones

de escuela. Poner cada cosa en el lugar que le corresponde, es el fin que en esta parte se propone el Illmo. Sr. Munguía. Habla de los métodos inductivo y deductivo: el primero no tan abandonado, como se quiere hacer pasar, en el tiempo en que imperó sólo el escolasticismo, ejercitado con prodigiosa eficacia después por algunos grandes ingenios, y exagerado, finalmente, hasta un extremo increíble y absurdo por algunos racionalistas y materialistas; el segundo, en los felices tiempos de la escolástica usado con sobriedad y con inmenso provecho; exagerado ridículamente por algunos durante la decadencia, y ahora tan justamente estimado por los restauradores de la antigua escuela, como injustamente despreciado por los mismos racionalistas y materialistas.

“¿Qué medio, dice, entre ambos extremos? Llamar el criterio experimental y el deductivo á la unidad de la ciencia, y hacerlos figurar uno y otro como partes de ese gran todo, que, bajo el nombre de lógica, rectifica y alumbra todos los caminos de la investigación, apropia y fecunda todos los medios de exposición. Quizá podamos nosotros realizar esta idea, ó cuando menos consignar algunos de los principios, deducir algunas de las consecuencias, y hacer algunas observaciones sobre las aplicaciones metódicas que debieran entrar en la composición de una lógica universal é histórica, esto es, de una lógica que comprenda en su economía todos los sistemas hábiles de investigación y exposición, que utilice los trabajos de los más célebres filósofos, y salve al mismo tiempo las diferencias características de los pormenores y la unidad científica del conjunto.”

Diremos, para terminar, que los amantes de la bella literatura y los que se interesan por la historia literaria de nuestra patria, deben fijar su mirada en la tercera parte del *Pensamiento y su enunciación*, donde se revela en toda su plenitud el buen gusto y el delicado sentido crítico del au-

tor, la inmensa erudición que poseía y los sazonados frutos que de ella supo sacar.

Conviene igualmente leer con detenimiento el capítulo sexto, porque no puede menos de interesar vivamente el “Criterio del clasicismo y romanticismo; origen y marcha de las opiniones sobre el clasicismo y romanticismo; observaciones conducentes á fijar las ideas; caracteres absolutos de la belleza y derechos imprescriptibles del arte.”

